

pensar quizá que él, vivo y magistrado supremo, fué causa de su mayor desventura; y muerto y poeta soberano, había de ser título de su más alta gloria.

IV

FLORENCIA Y EL DANTE

Entre las ciudades que, según hemos apuntado en el artículo segundo, al través de las guerras entre el Imperio y el Pontificado, habían recabado lo que ahora se dice su autonomía, esto es, un gobierno propio é independiente, ocupa, sin duda, Florencia el primer lugar.

Capital del antiguo marquesado de Toscana, y perteneciente como tal á la condesa Matilde, había sido legada por ella al Patrimonio de san Pedro. De él, como del Imperio, supo sustraerse con habilidad y constancia, y constituir una de las repúblicas más fuertes de la Edad media. Nunca, es verdad, pudo competir con Venecia, reina del Adriático, ni con Génova y Pisa, que se disputaban el imperio del Tirreno. Inferior á ésta en un principio, aliada suya cuando las escuadras pisanas atacaban las Baleares, tenía que reconocer la superioridad hasta de Fiesole por lo ventajoso de su posición. Pero en breve las cosas cambiaron, y esta antigua ciudad etrusca tuvo que fundirse en la moderna República, que se desarrollaba bella y lozana, como la flor que le da nombre en las orillas del Arno. Su gobierno era completamente democrático. El pueblo estaba dividido en doce gremios ó artes, comenzando por los Jurisconsultos y acabando por los Herreros, á saber: siete mayores, que eran Jurisconsultos y Notarios, Mercaderes de paños del barrio de Calimala, Cambistas, Fabricantes de tejidos de lana, Médicos, Farmacéuticos, Fabricantes de telas de seda, Peleteros; y cinco gremios menores: Taberneros, Carniceros, Zapateros, Carpinteros y Albañiles, Herreros y Herradores. Los nobles mismos, para ejercer derecho

políticos, tenían que inscribirse en una de estas corporaciones. Cada una de las mayores contaba un jefe y algunos prohombres (*capitadini*), los cuales, con igual número de adjuntos (*arroti*), nombraban los depositarios del poder ejecutivo. Eran éstos cuatro en un principio, seis después, que se llamaban *priores*, los cuales, semejantes á los cónsules romanos, reunían temporalmente la *signoria*, como antes se llamaba, y formaban con los arriba dichos el cuerpo electoral para designar sus sucesores. Florencia, así constituida, crecía en prosperidad, si no con el brillo de las repúblicas marítimas que hemos nombrado, con riqueza más sólida por la fecundidad de su suelo, y con una ilustración ó grandeza intelectual que no hallan compañeras sino en las repúblicas de la antigua Grecia, cuando la enemistad personal de dos familias, los Buon-del-Monti y Amadei, vino á desarrollar en el seno de la república el germen fatal de las facciones güelfa y gibelina.

Por desgracia, á la vez que las banderías políticas, se introdujeron las discordias religiosas. Felipe de Palermo, obispo Patavino, y otros sucesores suyos, consiguieron sembrar la cizaña de esta herejía con tan buen éxito, que casi la cuarta parte de Florencia, como hemos dicho, adoleció de esta lepra. Contábase en ella gente muy principal, todos del partido gibelino y adictos al emperador, con quien tenían secretas inteligencias. Las órdenes religiosas de que hemos hablado, viendo el peligro, habían acudido á remediarlo. Pedro de Verona, que poco después ganaba la palma del martirio en Lombardía y recibía culto en los altares, perseguía con su palabra á los herejes; tanto, que apenas podía contener la inmensidad de su auditorio la vasta plaza de Santa María Novella. Instituyó una congregación que cantase perpetuamente alabanzas de la Eucaristía y de la Virgen en desagravio de los ultrajes de los Patavinos, y organizó una compañía, que ha durado hasta poco ha, bajo el nombre de Capitanes de Santa María.

En el reinado de Federico II de Suavia, la familia gi-

belina de Uberti logró al cabo sobreponerse á sus rivales, merced á la protección de aquel emperador, que á la sazón asediaba á Padua con sus sarracenos y con las mesnadas del terrible Ecelino, y allí asesinaba diariamente cuatro prisioneros, para apremiar á los sitiados.

Los gibelinos de Florencia, que tuvieron la ignominia de triunfar con semejante apoyo, desterraron á los güelfos de la ciudad (2 febrero 1248), y modificando la antigua Constitución democrática, establecieron un gobierno aristocrático, oneroso al pueblo y á los ciudadanos, cuyo comercio, oprimido de continuas vejaciones, comenzó á amenazar ruina. Siguióse, como siempre acontece, una reacción. Reuniéronse los descontentos en la plaza de Santa Cruz; formóse una confederación, llamada *pueblo* por antonomasia; dividióse la ciudad en barrios (*sestieri*) y compañías (*gonfaloni*), y el campo en parroquias (*parrocchie*). Y coincidiendo esto con los desastres de Federico y de su hijo Euro, hecho para siempre prisionero por los boloñeses en la batalla de Figliño (20 octubre 1250), en que los gibelinos fueron derrotados, acabó de derogarse el dominio de este bando en Florencia, y, lo que es más, la vida de Federico, que terminó en 13 de diciembre del mismo año en Formentino. Abriéronse de nuevo las puertas de Florencia á los güelfos. Erigióse una especie de dictador con el nombre de *Capitán del pueblo*, y pasando del estado de paz al de guerra, y del de comerciantes al de conquistadores, aprovecharon la muerte de Federico de Suavia para imponer el estandarte republicano á Pistoia, Arezzo y Siena; para sitiar á sus expulidos tiranos los gibelinos en Paggitonsi y Volterra, hasta para derrotar á sus antiguos aliados, los de Pisa, y las inmediaciones de Pontedera.

Una reacción trae siempre otra: el terrible Farinata de la familia de los Uberti, jefe de los gibelinos, se liga con Manfredo, señor de Siena, y con los demás enemigos de Florencia; á la cabeza de ellos, á la orilla de Arbia, da la sangrienta batalla de Monteaperti (1260) en la cual los güelfos fueron derrotados, y el estandarte

mismo (*carroccio*) de Florencia sirvió de trofeo á los de Siena. Llegaron éstos á proponer al caudillo florentino Farinata la destrucción de su ingrata ciudad; pero el soberbio gibelino les contestó que no se había puesto al frente de ellos para destruir á Florencia, sino para conservarla. Entró, pues, en ella; pero, á pesar de estos buenos deseos, la Constitución florentina fué reformada, como era natural, en sentido imperial gibelino y aristocrático.

Así siguieron las cosas hasta la heroica muerte de Manfredo, hijo de Federico (1266), en la batalla de Benevento, que dió el triunfo en toda Italia á los güelfos, apoyados por las armas de Carlos de Anjou, llamado por el papa Urbano IV.

Poco más ó menos, por aquel tiempo volvieron por segunda vez á su querida Florencia los desterrados güelfos, para no ser ya de ella desposeídos; y también poco antes había nacido en la misma ciudad, de la familia asimismo güelfa de los Aldighieri, un niño á quien pusieron por nombre Ducante, cuya vida está tan enlazada con la existencia y con la fama de su patria, que en un solo artículo podemos tratar de ambas.

Antes, con todo, para dar una idea breve de la opinión dominante en Florencia, conviene consignar que aquella república, independiente, democrática, afecta á los pontífices, fué en su sencillo y patriarcal nacimiento tranquila; luego güelfa, y á esta opinión perteneció siempre, excepto dos pequeños interregnos, á saber: primero, desde la invasión de Federico II de Suavia con sus sarracenos, hasta la muerte de aquel emperador, ó sea desde 1248 á 1250, y segundo, desde la batalla de Monteaperti, ganada por Manfredo y sus alemanes, hasta la desventurada muerte de aquel último vástago de la casa de Suavia en la derrota de Benevento, ó sea desde 1260 á 1266. Que siempre los gibelinos vinieron con ayuda de tiranos extranjeros y de bandos infieles; y que los güelfos, aunque andando el tiempo no desdeñaron el auxilio extraño de Carlos de Valois, al cabo ni vacilaron en su fe, ni dieron por entonces al extranjero parte en los destinos de la patria.

V

BIOGRAFÍA DE DANTE, GÜELFO

Los biógrafos de DANTE fijan su nacimiento en mayo de 1265.—Así, en 1300, al comenzar su DIVINA COMEDIA, podía decir con verdad que estaba

A mitad del camino de la vida;

es decir, á la edad de treinta y cinco años, que, según su opinión, en *IL CONVITTO*, media la jornada de setenta años, á que se extiende frecuentemente el viaje de nuestra existencia.

No se concilia tan fácilmente lo que añadieron aquellos escritores diciendo que hacía poco que había terminado la segunda emigración de los güelfos: con efecto, realizóse este regreso después de la muerte de Manfredo en la batalla de Benevento (1266). Para compadecer, pues, ambos asertos, ó DANTE había de nacer fuera de Florencia en 1265, lo cual es absolutamente falso, ó había de ver la luz en Florencia después de 1266, lo cual se opone, asimismo, á la verdad; ó, en fin, no había su familia de haber seguido la suerte de los güelfos, lo cual es también inverosímil.

Era ésta de las más ilustres de aquella república, aunque no de las más ricas. El gran Poeta insinúa en alguna ocasión que venía de los linajes romanos, pobladores de Florencia, y no de los etruscos de Fiesole, pero todo ello vagamente; y en el único paraje de su poema en que habla con claridad de sus antecesores, no se remonta más que á su abuelo Caciagiüida, que fué á la Cruzada con el emperador Conrado. El hijo de aquel tomó el apellido de su madre, que era de la familia de los Aldighieri de Ferrara, y desde entonces fué este el nombre que tan preclaro había de hacer su ilustre nieto. *DUCANTE DEGLI ALDIGHIERI*, por abreviación *DANTE ALIGHIERI*.

Tenían éstos su casa solariega no lejos de la de Fulco Portinari, rico negociante de Florencia, y lindante con la de los Donati. Ocasión fué esta vecindad de sus inmortales amores y de su no feliz matrimonio, como luego diremos.

Celebraba el opulento Portinari las calendas de mayo, como era entonces uso (y aun ahora se conserva en algunas partes) por todas aquellas familias en donde hay niñas en la primavera de la vida. DANTE, que poco había perdido á su padre, se hallaba en la fiesta, y era el principal ornamento de ella la encantadora *BICCIA* (*Beatriz*), hija del dueño de la casa. Según Bocaccio, «apenas contaba ocho años: era una niña encantadora y graciosa, y de seductores modales. Sus bellas facciones pintaban la dulzura, y sus palabras anunciaban en ella pensamientos superiores á lo que su edad comportaba. Tan amable era esta niña, y á la vez tan modesta, que muchos la tomaban por un ángel. Esta linda muchacha, tal cual la he descrito, ó más bien, con una hermosura que excede toda descripción, estaba presente en la fiesta. Por muy niño que fuese DANTE, que apenas contaba nueve años, aquella imagen se grabó de pronto y tan profundamente en su corazón, que desde aquel día hasta el de su muerte jamás pudo borrarse. ¿Era acaso un lazo misterioso y simpático entre dos corazones, y una especial influencia del cielo, ó era más bien, como algunas veces la experiencia nos lo demuestra, que, en medio de la armonía de la música y de la alegría del bullicio, los corazones juveniles fácilmente se inflaman y se encuentran en un común afecto? ¡Qué nos importa! Lo cierto es que DANTE en edad tan temprana quedó sumiso esclavo del amor, y los progresos de la edad no hicieron más que acrecentar su llama, tanto, que ni hallaba placer ni consuelo sino en estar al lado de la que amaba, en contemplar su hermoso semblante, y en beber la alegría de sus ojos.»

La madre de DANTE vivió también poco tiempo, quedó encomendado el pobre huérfano á sus deudos, y

singularmente á Brunetto Latini, célebre autor del *T* soro y del *TESORETTO*, hombre insigne en aquella edad por sus conocimientos en literatura, en filosofía, en ciencias, en teología, en cuantos ramos, en fin, abarcaba á sazón el saber humano.

A tan ilustre maestro, que jamás dejó de serle carido debió el conocimiento de los poetas antiguos, á quien miró siempre casi con religioso respeto, y muy desde principio comenzó á imitar en las *elegías, canciones sonetos* que Beatriz le inspiraba. Compuso, asimismo muchas epístolas en versos latinos, dirigidas á cardenales y príncipes de la tierra. Circulábalas, según costumbre, á otros poetas italianos, de los cuales, unos procuraban disuadirle de una carrera en que le preveían rivales otros le dirigían esa especie de felicitaciones que parecen insultos que consejos, y sólo la religiosa escusa Franciscana de fray Giacomone le prohibaba cariñosamente. Su inclinación á todo lo bello le hizo contraer relaciones con Giotto el pintor, con Oderico de Gubbias, célebre miniaturista, y con el músico Casella, que puso nota algunas de sus canciones amorosas. Por distraer el corazón, ó por saciar su sed de ciencia, visitó las Universidades de Bolonia y de Padua, y allí obtuvo los premios de la teología, que perfeccionó en París, y los conocimientos astronómicos de que hace gala en todas sus obras.

Pero, volviendo siquiera un poco la vista para contemplar á Florencia, durante su mocedad, los guelfos que regresaron de su emigración en 1266, y que habían sido siempre, como ya sabemos, partidarios de la independencia de la República florentina, sumisos al Papado y afectos al gobierno popular, y, en las circunstancias presentes, aun más enemigos, por reacción, de los poderosos nobles que contenía la ciudad, habían exagerado las injurias á esta clase. Uno de sus individuos, Gianni di Bella, que se había puesto á la cabeza del partido popular, fué elevado á la dignidad de gonfaloniere; y (como de ordinario acontece á los desertores de los partidos) llevó hasta el extremo la persecución á sus antiguos

compañeros. No le libró ésta, por cierto, del destierro en que murió; pero al cabo los patricios, colocados por la ley en un estado de inferioridad humillante, hubieron de alejarse de la ciudad, y encastillándose en sus posesiones en las alturas del Apenino, entre Luca, Módena y Bolonia, ejercieron allí su dominación como tiranos, y aun como salteadores. No perjudicaba esto, con todo, al desarrollo de la riqueza, á la pompa de la Atenas de Italia. Celebrábanse por *Todos Santos las fiestas del vino nuovo*, y por San Juan *las carreras del Pallio*, en que una pieza rica tela era el premio del vencedor.

A las fiestas acudían, naturalmente, los trovadores de Provenza, los improvisadores de Lombardía, los poetas que en el Mediodía de Italia se habían formado con la protección y el ejemplo de Federico de Suavia, y de su secretario Pedro de las Viñas, mientras que las continuas disputas entre este emperador y los pontífices estimulaban por una parte la ciencia de los teólogos y canonistas que defendían la supremacía pontifical, y resucitaban por otra el estudio del Derecho romano, en el cual fundaban el suyo los emperadores; y las ciencias naturales exactas preparaban ya en Florencia el teatro en que GALILEO adelante había de brillar.

Sería curioso, al par que interesante, seguir á nuestro poeta en sus exploraciones por todos estos ramos del saber humano; sorprenderle en sus relaciones poético-filiales con Guido Ghinicelli, á quien él mismo llama su madre, y uno de los mejores que hayan cantado dulces y canchales rimas de amor; con Guido Cavalcante, cuya amistad deja trazas hasta en las regiones infernales; y con Cino de Pistoya, que, por confesión del mismo DANTE, contribuyó con sus canciones, al par que él, á dar fuerza al dialecto itálico, entonces recién nacido. Pero de todo esto debemos prescindir, no sólo por no alejarnos demasiado de nuestro propósito, sino para venir á sucesos y escritos de más interés. Lo único que se proponía nuestro joven Poeta en tantas y tan diversas empresas era el hacerse digno de Beatriz, en quien cifró desde el princi-

pio su amor y su felicidad, y en quien había de personificar más tarde la virtud y la misma ciencia de la *Theologia*.

Continuaban, entretanto, más encarnizadas que nunca las guerras entre los güelfos y gibelinos, á causa del fin de la dinastía de Suavia y del largo interregno del Imperio. Habíanse estos últimos apoderado de Arezzo; allegando á su hueste los muchos emigrados de Florencia, á quienes tenía lejos de su patria la intolerante administración de los güelfos, llegaron á comprometer en toda Toscana la suerte de este partido, y aun amenazó á la orgullosa ciudad, entonces cual nunca floreciente. Presentáronse en batalla teniendo á su cabeza á Guillermo de los Ubertini, y vinieron á las manos en Campadino, junto á Biviena (1289). Era costumbre entre las Repúblicas italianas, al tiempo de trabar la batalla, elegir doce paladines para cargar en guerrilla perdida á los contrarios. En esta ocasión Vieri dei Cerchi, aunque enfermo, se designó á sí mismo y á su hijo. A su ejemplo, ciento cincuenta jóvenes florentinos salieron al frente en vez de una docena, y escaramuzaron con tanto acierto y denuedo contra los aretinos, que atrajeron su caballería largo trecho, separándola de la infantería, y consiguiendo envolverla con el grueso del ejército güelfo, que luego en detalle destrozó asimismo á los atrasados infantes de Arezzo. La batalla fué sangrienta y decisiva. Entre los jóvenes que se aventajaron en la vanguardia se contó DANTE ALIGHIERI, el cual volvió á la vista de su bello coronado con el laurel de la victoria. El de la poesía había de verlo Beatriz sino desde el cielo.

Pisa, que era el baluarte de los gibelinos, como Florencia de los güelfos, hubiera sucumbido al predominio de Génova, si el conde Ugolino, señor de la Gherardesca, territorio de montaña, junto al mar, entre Liorna y Piombino, no hubiera sabido mantenerse diez años frente de la República, ajustando las paces con Luca y Florencia, y llevando su tiranía á tal exceso, para acabar las quejas de sus contrarios, que al cabo, vencido

éstos, y encerrado con su familia en una torre, fué obligado á morir en ella de hambre. También en otras guerras entre Pisa y Florencia tuvo parte DANTE, asistiendo al asedio y toma de Caprona, al cual se refiere (INFIERNO, cap. xxi) cuando dice:

*Así una vez capitulada gente
vi salir de Caprona, de pavora
temblando al verse ante enemigo ardiente.*

Uniendo estas coronas á las que doquiera ganaba su ingenio y su elocuencia en las embajadas que desempeñó, principalmente en la de Nápoles, bien hubiera podido reputarse feliz. Pero la dicha dura poco en la tierra. Beatriz, objeto de tantos afanes, y estímulo para tantos combates, no sabemos si por mujeril inconstancia, ó por más noble y poderosa razón, había en 1287 aceptado por esposo á Simón de Bardí; y en 1290, como dice DANTE, *el Señor de toda Justicia llamó á esta noble persona al seno de su gloria, bajo la enseña de la bendita Reina la Virgen María, cuyo nombre había sonado siempre con gran veneración en los labios de la bienaventurada Beatriz.*

Tan profunda aflicción sintió DANTE, según Boccaccio, con esta eterna ausencia; tan agudo fué su dolor; tantas y tan amargas lágrimas derramó, que sus amigos, no sólo las creyeron inconsolables, sino que pensaron que tendrían por término la muerte. Pensaba él, como de ordinario acontece á las almas apasionadas, que el mundo entero debía tomar parte en su dolor. Dió conocimiento de él en una carta á los príncipes y reyes de la tierra, y al cabo se sumergió, para distraerse, en solitarios estudios, prometiéndose á sí mismo no hablar más de aquella alma bendita hasta que pudiera hacerlo más dignamente: porque toda su esperanza era hablar de ella como jamás se había hablado de mujer alguna.

Sin que nosotros presumamos adivinar cuál fué el partido que tomó aquella alma levantada á doble altura en alas del ingenio y de la desgracia, entrevemos en esta

época de su vida diferentes consuelos, ó á lo menos ocupaciones. Butti dice que entró en la Tercera Orden de san Francisco, cosa por demás verosímil si se considera que á ella pertenecían cabalmente á la sazón los que, como Giapone, buscaban en la piedad no sacerdotal, y en la poesía no erudita, consuelo á sus desventuras.

Mucha analogía hay entre nuestro enamorado de Florencia y el jurisconsulto de Todi. Giapone, como DANTE, brillaba en el gran mundo erudito en filosofía y en legislación, aventajadísimo en el culto de la poesía enamorado, además, como DANTE, y, más afortunado que él, poseedor del objeto de su cariño. De pronto, en un sarao se hunde el techo; de entre las ruinas saca el desdichado poeta á su bella esposa, y al desnudarla el seno para darle aliento, encuentra su cadáver ceñido con un cilicio. Bastó esto para convertir su corazón y llevarlo á la Orden, por otros títulos ilustre, de san Francisco. No mudó, sin embargo, de opiniones; antes persistió en las gibelinas, que tenía con tanto empeño, que mereció tiempos adelante la persecución de Bonifacio VIII ni más ni menos que el entonces embajador de Florencia DANTE.

A éste, entretanto, le vemos comenzar su libro LA VITTA NUOVA, escrito íntimo, en que se detiene á contar sus amores, á analizar los detalles más ocultos de su pasión, á revelar las más secretas penas de su alma. Beatriz existe ya, y, sin embargo, la contempla presente en sus visiones, ó llora su ausencia con una melancolía tierna inimitable, que anuncia, cuando no supera, al futuro cantor de LA DIVINA COMEDIA.

Dos nuevos cuidados contrajo por esta época nuestro Poeta: uno, las atenciones de la vida doméstica: el otro, la intervención en los negocios públicos. En cuanto al primero, contrajo matrimonio (en 1292) con Madonna Gemma, de la familia de los Donati, en la cual tuvo seis hijos y una hija, á quien puso por nombre BEATRIZ, y que, andando el tiempo, profesó en el convento de Franciscanas de Rávena. En cuanto al segundo cu-

dado, inscrito, como se hallaba, en el quinto gremio (*arti*), el de los médicos y naturalistas, mereció tanta consideración de sus compañeros y de todos sus conciudadanos por su prudencia y por su fortaleza, que se le consultaba sobre todo negocio importante, y hay quien hace subir hasta catorce el número de las embajadas ó misiones que desempeñó cerca de príncipes ó de gobiernos extranjeros.

No estaba, entretanto, el de Florencia ni tan poderoso ni tan unido como lo daba á entender por fuera la riqueza material del Estado, las magníficas construcciones de Santa María del Fiore, de Santa María Novella y de la Logia dei Lanzi, levantadas por aquel tiempo, las obras maestras compradas en Grecia á crecido precio y las victorias sobre los pisanos y aretinos. Los güelfos, bien que se hubiesen quedado solos en Florencia y dominasen exclusivamente en la República, no por eso se libraron de la ley común que condena á perpetuas y necesarias divisiones todo gobierno de muchos. Formáronse en breve dos fracciones dentro del mismo partido güelfo, la del linaje de los *Donati*, al cual, como hemos visto, pertenecía DANTE por su mujer, y la de los *Cerchi*, en la que contaba la mayor parte de sus amigos, entre ellos Guido Cavalcante, á quien miraba como hermano. Contiendas de todas especies se originaron de esta división, y bien pronto vinieron á agriarse por una circunstancia extraña á la ciudad.

En Pistoya, no ya un solo bando, sino una sola familia, dominaba: la de los *Cancelieri*; dividióse ésta en dos partidos contrarios, tanto como los nombres que adoptaron, *blancos* y *negros*. Uno de estos últimos, llamado Lorio, fué herido en la muñeca en un duelo por uno de la parte *blanca*, llamado Patiero. Guillermo, padre del agresor, mandó á su hijo que fuese á ver á Bertaca, padre del herido. Obedeció el mancebo; pero en vez de ser cortésmente recibida la excusa, como merecía, el airado Bertaca se apoderó de su persona, le hizo cortar la mano derecha con la hoz de segar el forraje, y así

mutilado lo devolvió á su padre. Airado éste, como era justo, corrió con los suyos á las armas; otro tanto hicieron los contrarios, y en breve toda la ciudad ardió en discordia. Tenía DANTE, á la sazón, la desgracia de ocupar uno de los primeros puestos de la República habiendo sido elegido Prior, no por suerte, como luego aconteció, sino por el sufragio de sus conciudadanos, y más bien intencionado que cauto, dió el consejo, para no molestar á los de Pistoya, de llamar á Florencia á los caudillos de ambos partidos, blanco y negro. Sucedió lo que era natural que sucediese; cada uno de los bandos florentinos patrocinó á uno de los recién venidos, y en breve la peste que había nacido en Pistoya se propagó y abrasó la capital de la República. Los blancos se unieron á los Cerchi, los negros á los Donati, y no tardaron mucho en ponerse los primeros en relación y aun en alianza con los gibelinos, y los segundos en correspondencia con los güelfos de fuera, ó más bien con Bonifacio VIII, que ocupaba á la sazón la Silla pontificia. No pararon aquí las cosas: los negros tuvieron una reunión secreta en la Trinidad, en la que dicen que se trató de suplicar al Papa que enviase á Florencia á Carlos de Valois. Semejante proceder irritó á los blancos, que armados por su parte, vinieron en tumulto á demandar los priores justicia contra lo que llamaban un atentado á la libertad pública. Los negros se armaron también, y toda la ciudad se conmovió, amenazando por doquiera un conflicto. Por consejo de DANTE, la señoría, es decir los priores, se fortificaron á su vez en el Palazzo Vecchio, y desde allí, haciéndose respetar, pronunciaron sentencia de destierro contra los jefes de ambas parcialidades. Los negros fueron enviados á la otra parte de la Piave, y los blancos al país de Sarezzana. Poco después salió DANTE del priorato; pero por influencia de algunos unos, sin su intervención, según él mismo, á los blancos, que estaban en Sarezzana, se les levantó un destierro, no haciendo otro tanto con sus contrarios, los negros, confinados en la Piave. Irritó esto algo los

mos contra DANTE, y allegaban verosimilitud á la acusación tres circunstancias: la primera, que no corrían muy bien sus relaciones con los *Donati*, deudos de su mujer y desterrados en Piave; la segunda, que había desaprobado públicamente el supuesto acuerdo de los negros en la Trinidad, de llamar en apoyo suyo al papa Bonifacio y á los franceses de Carlos de Valois; y la tercera, ser el ostensible motivo de la vuelta de los blancos la enfermedad de Guido Cavalcante, cuyo hijo era íntimo amigo y como hermano del poeta. Sea de esto lo que fuese, lo cierto es que pasó en aquellas circunstancias á la corte pontificia como embajador para componer aquellas diferencias; que, mientras Bonifacio VIII le entretenía en Roma, Carlos de Valois vino en efecto con su ejército á Florencia, y en vez de portarse con la imparcialidad de medianero, se puso de todo punto al lado de los negros, que fueron llamados de nuevo y entraron como en triunfo, emigrando los blancos; que las cárceles fueron abiertas, las casas de los blancos saqueadas y sus hombres más dignos perseguidos.

Apenas DANTE tuvo noticia de semejantes acontecimientos, salió precipitadamente camino de Florencia; detúvose en Siena para saber nuevos sucesos, y fueron aún más tristes los que llegaron á sus oídos. El partido negro, quejoso del largo destierro en que le había tenido, había entregado todas sus haciendas á la plebe. Su casa, por tanto, había sido saqueada, y devastadas sus posesiones, y su persona llamada en público pregón, por influencia de Corso Donati, deudo de su esposa y á la sazón jefe del bando triunfante. Habíase nombrado podestá, especie de dictador que de vez en cuando aparecía en las repúblicas italianas, á Maserganti de Gabrieli, sujetando á su residencia todos los actos del priorato de DANTE, y, en fin, habían sido revocados todos sus mandatos y emplazada su persona ante aquel tribunal, condenándole al cabo en rebeldía á confiscación de bienes, destierro perpetuo y á la hoguera en persona ó en estatua, caso ó no de pisar el territorio de la República.

VI

DANTE, GIBELINO

Una gran mudanza va á realizarse en la vida y en el carácter de DANTE. Séanos permitido pararnos un poco si no para aplaudirla, para explicarla al menos, y para compadecer las terribles vicisitudes de su fortuna. La patria, que tanto amaba, entregada á merced del extranjero, le condena y proscrib; el partido al cual habían pertenecido sus padres y abuelos, y que él mismo había ilustrado con el consejo y con las armas, reniega de él y le sentencia; el pueblo, cuyo encanto había sido roba y destroza su casa, y hasta sus libros; su familia misma se pone al frente de sus perseguidores. ¿No está esto una selva harto *obscura*, que con verdad puede decirse:

Es tan agria que poco es más la muerte?

¿Qué mucho que DANTE se pierda en ella ó abandone el sendero que hasta entonces ha seguido?

Y en verdad que se halla á la sazón *en medio del camino de la vida*, si no por los años que le quedan por recorrer por los sucesos y los afectos que le aguardan. Le hemos visto en la primera jornada joven, tierno, alegre, enamorado; le veremos en la segunda melancólico, duro, deprimido, engañado, nutrido de odios; antes ciudadano lleno de fe en su partido, de ilusión por su fortuna, de popularidad y de esperanza; ahora desterrado, renegando de su ciudad nativa, mendigando de corte un asilo, avergonzado casi de la patria en que nació. Hasta ahora el güelfo decidido, hasta el punto de sostener con las armas la soberana independenciam de su propia ciudad; en adelante gibelino extremado, hasta el exceso de llamar á voz en grito á un emperador que sujete á su único yugo á las ciudades y provincias y reinos, formando una monarquía

universal de Italia y de Europa. Poeta, en fin, le conocimos en sus *Canciones*, en su VITTA NUOVA hablar de amor y de ternura; ahora le veremos visitar en pavoroso viaje las mansiones inmortales.

Por el pronto le vemos echarse en manos de los gibelinos, reunidos en Gorgonza, seguirlos á Arezzo, aquella misma ciudad en que años antes había contribuido á la victoria de los güelfos: allí se organizó ahora el partido gibelino, colocó á su frente á Alejandro de Romena, y eligió doce consejeros para dirigir en adelante su conducta, entre los cuales se contó DANTE mismo. Allegaron cuantos pudieron de los descontentos de Florencia, de Arezzo, de Bolonia y de Pistoia; y acudiendo, contra el parecer de DANTE, á las armas, cayeron de improviso sobre Florencia, y aun se apoderaron de una de sus puertas: rechazados de ella, hubieron de renunciar por entonces á la violencia. DANTE, cuyo parecer no había sido escuchado, se retiró á Verona, donde gobernaba Bartolomé de la Scala, su protector. A poco pasó á Bolonia, y luego á Padua, á buscar en la continuación de los estudios mejor alivio á sus desventuras. Así, hacia 1306 y 1307 se le encuentra retirado junto á Serezana y en el Casentino, escribiendo su CONVITTO, especie de comentario en prosa á sus canciones, no poco indigesto, pero lleno de erudición y curioso por sus noticias. A este tiempo debe pertenecer también su libro DE VULGARI ELOCUENTIA, en que examina los dialectos que halló en Italia, é indica el camino que ha de seguirse para vigorizar y extender la lengua toscana. ¡Extraña anomalía, describir en latín la apología del idioma en que había de trazar LA DIVINA COMEDIA! Verdad es que esta misma obra fué comenzada por el autor en versos de la lengua del Lacio.

Entretanto, los Malaspina de Lunigiana le dieron asilo; y poco después regresó de nuevo á Verona, cuando ya reinaba allí Alboino della Scala. Ni pararon allá los viajes, á que le impulsaba la memoria de lo pasado y el deseo de más risueño porvenir. Visitó las Universi-

dades de París y de Oxford; perfeccionó en ellas sus estudios de filosofía y teología, siendo ya la admiración de aquellas insignes escuelas, cuando regresó á Verona por última vez, en el reinado de su gran protector Can Grande de la Scala. Por mediación de estos señores escribi6 muchas veces á los que entonces tiranizaban su patria, solicitando su regreso. Al mismo pueblo de Florencia dirigi6 una carta llena de melancolía y de amargura, que principiaba con aquellas expresiones de los Libros Santos:

Popule mee, quid feci tibi?

El infeliz así pasó aquellos años de su vida llorando y aguardando en vano que su alto mérito le granjease en su ciudad nativa otra recompensa que el sepulcro vacío que le concedió con el tiempo.

Había, en tanto, recaído la elección para el trono imperial en Enrique de Luxemburgo, príncipe cuyas aventajadas prendas hicieron concebir á toda Italia esperanzas lisonjeras. El proscrito de Verona fué de los que más se excitaron con ellas: compuso, con ánimo de dedicarla á Enrique VII, una obra en latín, *DE MONARCHIA*, que es una apología exagerada de los derechos imperiales, de la monarquía universal, y de sus relaciones con el Pontificado. Establece, además, en su tratado ante todo las distinciones nobiliarias, la concentración del poder en determinado y restricto número de familias y admite que, según el sistema aristotélico, hay hombres nacidos para el mando, y hombres para la servidumbre. Una oligarquía con un jefe irresponsable, que es el emperador, tolerando y presidiendo á los reinos y á los estados de todo el mundo, y un Pontificado independiente y paralelo, que fuese soberano en lo espiritual y juez de los soberanos y de los pueblos en sus recíprocas querellas, es el sistema perfecto de este DANTE que quieren algunos pintar como demócrata, y hasta como hereje.

No se contentó, por desgracia, con escribir aque-

libro; sino que, revolviéndose interiormente contra la prolongada severidad de sus conciudadanos y contra las humillantes condiciones que imponían á su regreso, principi6 á deshacerse en invectivas contra los gobernantes de Florencia, llamándoles villanos y malvados, y amenazándoles con la venganza del emperador, de la cual, decía, no podían escapar. Con efecto: Enrique VII pasa los Alpes y se acerca con el grueso de su ejército al Arno: sitía al cabo á Florencia; y entonces DANTE, á pesar de haberle llamado y de creer que en el Imperio universal de derecho divino consistía la libertad y la ventura de su pueblo, no quiere presenciar la entrada del vencedor en la ciudad amada, y rehusa presentarse en los reales de Enrique. Ejemplo de probidad y amor patrio, estimable siempre, y rarísimo en su tiempo.

Sorprendió al emperador poco después la muerte, no se sabe si natural ó procurada por veneno, en Buenconvento, cerca de Siena, en agosto de 1313. Con su vida acabaron también las últimas esperanzas de DANTE, comenzando de nuevo á vagar por las ciudades de Italia, sin separarse, con todo, largo trecho de Verona, donde reinaba su amigo Can Grande. Disgustado de éste poco después, visitó á Luca, en donde lo toleró Ugocione, señor de Pisa, que antes lo había expulsado de Arezzo. En 1314 le ofrecen al cabo abrirle las puertas de Florencia; pero á condición de sujetarse públicamente á una forma de penitencia canónica, como los herejes y confesos. «No, no es esta, dijo, la vía que me ha de llevar á Florencia. Si no hay otro camino que ese que me abren, no volveré nunca á Florencia, y yo también dejaré toda esperanza.» Si alguna le pudo quedar, hubo de perderla cuando en 1315 el vicario del rey Roberto ratific6 y confirmó la primera sentencia de perpetuo destierro. Así, pues, continuando su vida vagabunda, pobre y desesperada, por varios pueblos de Lombardía, de Toscana y de Romanía, con el auxilio de sus señores, se redujo al cabo á Rávena, donde gobernaba el humano Guido Novello de Polenta, padre de la infortunada Fran-

cisca de Rímini, el cual le acogió, no ya como protector sino como hermano, previniendo todos sus deseos. Decretóle la corona de laurel de poeta soberano, la cual rehusó diciendo que esperaba ir a buscar a Florencia; ¡Fatal y tierna esperanza! Guido le dió otro testimonio de paternal amor apadrinando la entrada de su hija Beatriz en un monasterio de aquella ciudad, y encargándole al cabo de una embajada cerca de la República de Venecia, para pactar paces con ella. Mala señal eran las grandezas para nuestro poeta: su elevación al priorato fué el origen de sus desgracias; su embajada a Roma le atraía la pobreza y proscripción; esta última legación a Venecia, no más feliz en el éxito que las primeras, fué el anuncio de su fin.

Durante estos últimos tiempos había escrito una traducción en verso de los *Salmos*, del *Credo* y del *Pater nuestro*. Consuelo sublime de la dolencia que le acometió al regresar de Venecia; anticipada respuesta á ciertos comentadores de hoy, y preparación propia para su muerte, que ocurrió al cabo el 14 de septiembre de 1321, en Rávena, á poco de haber cumplido los cincuenta y seis años de su edad. El soberano Guido decretó suntuosos funerales en la iglesia de san Francisco; su cuerpo, en traje de poeta, como dice la crónica, fué llevado en hombros por los primeros ciudadanos de Rávena, y un magnífico mausoleo fué decretado á su memoria. La ciudad nativa reconoció al cabo su dureza y decretó asimismo que su retrato de cuerpo entero y en traje de prior, y coronado de laurel, fuese colocado en Santa Croce, en la capilla del palacio del gobierno, y en la catedral, donde lo ejecutó Dominico, y que allí, en fin, se estableciese una cátedra pública para explicar su *Divina Comedia*, que andaba ya en boca de todos los italianos, había sido traducida á muchos idiomas, y de la cual de intento no hemos hablado porque merece artículo aparte.

Tenía DANTE mediana estatura, aspecto triste, aunque

agradable y lleno de gravedad: pálido, enjuto y moreno el semblante; los ojos negros y grandes; la nariz aguileña, larga y huesosa, como toda la cara; el labio inferior algo grueso y levantado; la barba prominente; la mirada penetrante y melancólica; el cabello negro y crespo; era tardo en el hablar y escaso en palabras, pero sutil y pronto en sus respuestas; de gran benevolencia y alegría en sus primeros tiempos, de melancolía profunda y comunicativa en su última edad. Bien puede decirse, según le pintan sus contemporáneos, que su ingenio, sus desventuras y su gloria habían puesto el sello en su semblante. Dibujaba con facilidad y corrección; era instruído en la música; escribía con gallarda letra, si bien algo enjuta y prolongada; y, aunque riquísimo en la poesía, no fué pobre en ninguno de los conocimientos que forman el patrimonio de su siglo. La teología, la historia, la filosofía, el derecho, la astronomía, le franquearon joyas con que engalanó su inmortal obra, corona hoy, no ya de la Italia, sino de la humana literatura.

No pudo realizar el generoso Guido Novello su propósito de erigir un magnífico sepulcro á DANTE. Más de un siglo y medio después (1483) lo llevó á cabo Bernardo Bembo, padre del famoso cardenal, restaurado después por los Corsi y Gonzaga. Florencia, en tanto, oía diariamente explicar en la cátedra pública del Domo los versos de su inmortal hijo proscrito al célebre Bocaccio, y cierto que el maligno poeta no mutilaba ni endulzaba los pasajes en que derrama hiel sobre la ingrata patria. Esta reclamó en vano las preciosas cenizas en 1429. Miguel Angel no pudo conseguir este favor de los de Rávena. Napoleón mismo no se atrevió, para favorecer á la reina de Etruria, á arrancar aquel precioso tesoro á su tumba hospitalaria. En fin, cansados ya los florentinos, erigieron en 1430 en Santa Croce el magnífico cenotafio, monumento hueco y tardío, que lisonjea su orgullo cívico é inmortaliza su ingratitud.